

LAS ARAÑAS DE TÍA ELVIRA

En todas las familias siempre hay un pariente malandrín, malévolo a más no poder. Y en la mía no había excepciones, pues la tía Elvira ejercía su oficio con fruición.

Pese a que su marido era un hombre muy bragado, no se inmutó para ir a la casa de la amante de turno y usando su corpulencia fácilmente la dominó y en la sala le mordió sus partes íntimas.

--- “Le clavé mis dientes en su parte hasta que la carne rechinó ---contaba muy ufana---. Creo que por eso se me cayeron todos los dientes”.

Carlos, el marido de tía sólo logró que a la muchacha la atendieran en el hospital general, pues su estado era tan grave que no le auguraron nada bueno porque las mordidas se infectaron. Fue la última vez que la vio. No quiso ponerla más en riesgo.

Una noche un grupo de peleoneros a los que había tranqueado. Fueron a retarlo.

--- ¡Si eres tan macho como presumes! ---la potente voz se escuchó en el patio ---¡sal para que arreglemos nuestras diferencias!.

Carlos, pegado a la pared vio en la penumbra del cuarto a su mujer, acercándose para decirle en voz baja:

---No salgas, te quieren venadear. Se oyen varias voces susurrando.

---¡Te escondes bajo la falda de tu mujer! ¡No tienes pantalones, sal ya, cobarde! ---gritó otro.

El hombre no aguantó más los insultos y salió pensando que iba a repartir golpes.

---¡Ustedes no tienen pantalones! ¡Por eso vienen en montón! ¡Les voy a partir la madre, culeros hijos de su madre --y como el que no oye consejo, no llega a viejo, lo cosieron a balazos en la puerta de su casa.

Así, de la noche a la mañana, la terrible tía, se convirtió de esposa a viuda. Creció a su único hijo el cual estudió para maestro, quien se casó y de ese matrimonio tuvo dos hijas y un hijo que la tía se encargó de criarlos. Cuando ya no fue útil la echaron a la calle y por ello pasó a formar parte de la familia de mis abuelos, por ser la hermana mayor de mamita, con quién no se llevaba bien porque se mascaban, pero no se tragaban.

Una supuesta amiga le lavó el coco, más bien fue recíproco, porque las dos creyeron haberle dorado la píldora a la otra y pensaron las dos aprovecharse la una de la otra y como el arrimado y el muerto a los tres días apestan, se repelieron y la tía volvió a probar la calle. Chanita y yo le dimos alojamiento y mi madre, sobrina al fin, le daba las tres comidas del día.

En la sala Chanita y yo dormíamos en un sofá cama.

En una recámara dormían Jorge, Chusín y Rafa y en la otra Atalita, Ileanita y la Tía Elvira.

Mis hijas nunca me contaron el chiste, de que la tía les ponía arañas sobre su cuerpo para espantarlas y se quitaran cuando quería que no hablaran o no la estorbaran. Y las hizo temerosas al máximo de esos insectos, con repercusiones en su vida de adolescentes, que las hicieron más fuertes, en especial en la vida de la benjamina la más pequeña.

Vine a enterarme de las gracias de doña Elvira, después de su muerte.

Cada vez que había una araña, salía a relucir el tema y a cuál más aconsejábamos que enfrentaran sus miedos.

Una tarde cuando ya era adolescente, al limpiar la mesa del comedor se encontró con una araña negra, como de jardín, quieta sobre la pared. De primera intención quiso salir corriendo, pero se acordó de los consejos y se detuvo. Sus hermanos se quedaron expectantes, en espera, para actuar en consecuencia. Los vio y agarró valor, acercándose.

---Arañita bonita, no eres mala ---ya estaba más y más cerca---. ¡Tú no me harás daño nunca! --- como si el bicho entendiera, pero al revés, saltó para escaparse y desapareció.

Mi pobre hijita corrió a encerrarse gritando mientras sus hermanos y Atalita, de primera intención, se quedaron viendo asustados, luego corrieron a buscar a su hermana para apoyarla.

Algunos años después sentados todos los hermanos en la mesa del comedor, alguien recordó el incidente del arácnido y Chusín se puso de pie frente al mismo lugar de aquella vez y comenzó a disertar sobre la necesidad enfrentarnos con nuestros miedos y les sacó a colación lo que se concluyó en el diplomado de salud mental que llevó junto con Rafa.

Todos los oyentes estaban absortos viendo como una arañita descendía del techo, por su telaraña, hacia su cabeza.

---No vayas a moverte, Chusín, porque una arañita...

---No fastidies, Rafa. Naa qué ver...

---Ya está casi sobre tu cabeza ---agregó Atalita.

El insecto se posicionó tocando tierra en la calva de Chusín, quien al percibir el contacto gritó para salir corriendo hacia la calle.

--- ¡Quítenmelaaa, quítenmelaaa, por favor.